

La rosa negra de Halefi

La rosa negra de Halefi

M.R. Fernández



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía del autor: Archivo del autor

© M.R. Fernández 2025

© Entre Libros Editorial LxL 2025

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería (España)

Primera edición: enero 2025

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 978-84-19660-67-1

Capítulo 1

—¿Qué película quieres ver? —le pregunté a Samuel. Nos encontramos en nuestra primera cita en el cine de Bercy Village.

—Hay pocas interesantes —me respondió entre dientes—. ¿Por qué no eliges tú? Quizá me sorprendes. La mejor forma de entender a una mujer es a través de sus gustos, ¿no? —bromeó, eclipsando mi mirada de una forma romántica aquella tarde de hace cinco años.

—Vale. —Fue la única respuesta que pude dar ante esa expresión romántica de sus ojos. Mis labios se perturbaron en deseos de fundirse con los de ese hombre al que había conocido esa semana en una terraza de París—. ¿Te parece si vemos esta? —le comenté, señalando una película de terror.

Cuando lo vi por primera vez, estaba sentada en la mesa de un bar de mi calle, leyendo el último libro que me había comprado. En ese instante, un hombre moreno y con ojos azules me preguntó si estaba gustándome, lo cual desvió mi atención del papel para mirar aquel rostro acompañado de una simpática sonrisa. Le respondí que sí y se interesó por la página en la que estaba para evitar hacerme un spoiler, según me confesó.

Miraba a la silla de forma insistente, como si dudara en arrastrarla y sentarse para continuar una conversación que él mismo había empezado o quedarse como estaba. Finalmente, yo misma lo invité a tomar asiento. Durante los primeros minutos, la charla giró alrededor del libro que estaba leyendo; sin embargo, poco a poco, nos fuimos alejando de sus páginas y me dijo su nombre, que también era de París y que, al igual que yo, era un apasionado del terror. Su última lectura había sido *La zona muerta*, de Stephen King. Antes de despedirse, me pidió mi número de teléfono y me prometió que me llamaría. Su tono era misterioso y, a la vez, cómico.

Me gustaría negar que los tres días que tardó en llamarme no los pasé embobada, observando el teléfono móvil en silencio. Dejaba lo que estuviera haciendo cada vez que sonaba para meter la mano en el bolsillo y ver la pantalla, pero me desilusionaba cuando eran mensajes o llamadas de amistades y familiares. Esa mañana, al fin, contactó conmigo para invitarme al cine y me rendí con una afirmación que pronuncié de forma instantánea, siendo mi respuesta una prolongación de su invitación. Desestimé hacer aquella vieja y desgastada estrategia como mujer de hacerme de rogar, pues quería seguir conociendo a ese gracioso hombre que se sentó en mi mesa y empezó a hablarme de la nada.

—¿Quieres ver la película de la muñeca maldita? —me preguntó, arqueando la ceja—. Seguro que será una copia de *Chucky*. O quizá es su prima lejana —continuó burlándose de mi elección en la cartelera del cine. Sin duda, destacaba ese sentido del humor que me cautivó en la breve pero intensa primera conversación en aquella terraza del bar.

—No te burles de mí —pronuncié de la forma más agradable que sabía, mientras le daba un empujón en las caderas con las mías—. Seguro que da miedo.

—Seguro —continuó con el mismo tono sarcástico y elevando la mirada al cielo para reforzar su chistosa teoría.

Al salir del cine nos fuimos a cenar. Me pidió que lo dejase elegir la cena, ya que no se fiaba de mis decisiones después de la simple película de terror por la cual salimos defraudados de la sala. Me llevó a un modesto restaurante hindú alejado de la Torre Eiffel. Era la primera vez que probaba la gastronomía de ese rincón del mundo. Me sugirió uno de los platos y le hice caso. Desde esa noche, se convirtió en nuestro restaurante favorito de todo París. El que nos hizo olvidarnos de los caros y lujosos locales de los reputados chefs parisinos.

Ya en el coche le indiqué mi dirección y se ofreció a llevarme a casa, argumentando que vivía con mis padres en aquella época, aunque deseaba estar independizada para arrastrarlo a mi piso y arrancarle la ropa. Me urgía estar toda la noche haciéndole el amor a ese hombre que, de una forma agresiva, estaba hechizándome. Con una hermosa y graciosa sonrisa no me dijo nada más, aunque pensaba que me ofrecería ir a su casa o a algún lugar apartado con el coche, no obstante, esa fue su única respuesta. Mis labios estaban inmersos en un ataque de pánico para no revelarles que necesitaban besar a los suyos y mi cuerpo sentir cómo sus manos lo recorrían. Abrí la puerta con temblores en mis pasos ante aquella graciosa pero insuficiente despedida en el portal.

Mi boca tuvo que esperar dos días más hasta que volvimos a quedar en otra cita, en la cual alivió sus ataques de pánico cuando me confesó en uno de los bancos del parque de Choisy que quería besarme. Se lanzó para darme un profundo beso que dejó la frase de amor sin terminar y recreó una escena romántica que envidiaba a todos los parisinos que paseaban delante de nosotros. Con miedo a lo que pensase de mí, me atreví a decirle que fuésemos a su casa y me respondió que solo me llevaría si realmente me sentía cómoda. De las siguientes horas en su habitación solo recuerdo una mezcla de erotismo y de pasión como jamás había experimentado en los veinte años que tenía entonces. Incluso las grandes películas románticas de Hollywood nos tenían celos.

A las dos semanas de esa primera cita en el cine, detuvo sus pasos mientras paseábamos enfrente de la Torre Eiffel y se agachó para atarse los cordones. Justo en ese momento, sacó de los calcetines un simple y barato anillo de supermercado.

—Amanda, ¿quieres ser mi novia? —Sus palabras tenían todos esos quilates que le faltaban al anillo, haciéndome esa pregunta arrodillado delante del enamoradizo monumento parisino.

—Sí —le respondí como una quinceañera mientras descendía hasta estar a su lado y nos fundíamos en un mágico beso rodeados de las luces de París.

A los tres meses de ofrecerme ser novios, se lo presenté a mis padres porque no dejaban de insistir desde que subí aquella noche con el anillo. Acepté con el mismo miedo en sus palabras que esa vez cuando le pedí subir a su apartamento. Toda la personalidad excéntrica que tenía Samuel se mezclaba con la timidez que ocultaba detrás de esa máscara, por lo que fui yo quien se rio al responder de aquella manera.

Todo la timidez que manifestó al principio se fue desintegrando al ver que mis padres lo aceptaron casi de inmediato. Samuel poseía una de esas personalidades magnéticas que te daba la sensación de conocerlo de toda la vida, aunque solo llevases hablando con él unos minutos. Se convirtió en uno más al empezar a llevarlo conmigo a compromisos familiares de todo tipo. Sus padres, en cambio, tardaron un poco más en aceptarme. Samuel me reveló que pensaban que era muy joven para él y que con veinticinco años tenía que dejar de perseguir jovencitas para madurar y pensar en su futuro. Finalmente, me integré en la familia Bonnet de una forma gradual.

Al año de estar juntos, me cambió el nombre por Amanda cuando estábamos navegando en una de esas barcas de charca en un céntrico parque. Desde ese día, dejé atrás los celos que me acompañaron en las relaciones que tuve con anterioridad, pues me

demostró que no era un espejismo como los pasados que dejaron a mi corazón repleto de cicatrices sangrantes.

—No es tu culpa, Amanda, que tengas cicatrices en tu corazón. No es más que la maldición de las infidelidades de aquellos hombres que han dejado recuerdos oscuros en tus entrañas. La Amanda del pasado sabe lo que es el dolor y el fracaso del amor con otros muchachos. Ha conocido sus sentimientos más grises y tristes, no aquellos que escriben los escritores y poetas. Amanda, si me lo permites —dijo y sacó un precioso anillo de compromiso del bolsillo—, espero que conozcas esos sentimientos y cicatrices las heridas que tienes en tu interior. No quiero convertirme en uno más de esos hombres si un día termina nuestro romance. Quiero que, si llega ese momento, no tires mis fotos, mis regalos ni olvides nuestros recuerdos. Solamente, Amanda, que recuerdes que un día un joven te enseñó a creer en el amor y no a odiarlo.

Nuestro reflejo en el estanque se deshizo cuando rompí a llorar y mis lágrimas se mezclaron con el agua. No supe diferenciar si estaba llorando porque estaba proponiéndome matrimonio el hombre al que amaba o por escuchar cómo recitaba esas palabras al igual que lo haría un poeta. La barca casi volcó en el momento en el que, eclipsada por una enamoradiza perversión, me lancé sobre él y lo acepté.

A pesar del rechazo inicial de nuestros padres, familiares y amistades, antes de acabar el otoño de ese mismo año, nos juramos amor eterno en la iglesia más preciosa y antigua de París. Él estaba radiante vestido con un seductor y elegante traje en un azul eléctrico, en el cual resaltaban aún más esos intensos ojos del mismo color que me derretían cada vez que me miraban.

—Pareces una princesa —me dijo cuando llegué a su lado. Había entrado acompañada de mi padre por el extenso pasillo de la iglesia bajo las miradas de los asistentes. Me soltó la mano al llegar al altar y me entregó entre lágrimas para que Samuel me cuidase eternamente.

Con el dinero de la boda y la ayuda de nuestros padres, nos mudamos a un apartamento a las afueras de París. Me regalaba flores con una dedicatoria a pluma sin importarle el día que fuese, señalando que solo los aburridos regalaban rosas a sus mujeres en las fechas románticas marcadas en el calendario. Sin embargo, jamás entré con él en aquella floristería. Me decía que, si lo hacía, en ese momento se destaparía la seducción y el misterio.

Al siguiente año, Samuel cambió su trabajo en la obra por uno que le ofrecieron de mantenimiento en una fábrica de una conocida compañía. Lo aceptó cuando le comentaron el sueldo y las condiciones.

En 2016, tres años después de casarnos, su inseparable amigo Adrien tuvo un hijo y le preguntó que cuándo íbamos a tener uno nosotros. Él daba siempre la misma respuesta.

—Cuando los niños vengan con pilas y, al empezar a llorar, se las puedas desconectar.

Era su comentario célebre a lo que se refería cuando nos preguntaban por ser padres, sacando risas a todos y haciendo que cambiasen de tema. No obstante, en la intimidad no me daba esa respuesta, sino que me decía que todavía no tenía ni treinta años y que tenía miedo a no estar preparado para ser padre. Por eso, prefería esperar un poco más para ser lo más adulto y responsable posible cuando trajésemos un hijo al mundo.

—Además, eres todavía una niña, señora Bonnet. Tienes veintitrés años.

Terminaba de rematar sus motivos con aquella divertida expresión sobre mi corta edad.

Ese mismo año, después de ver una película que mezclaba la fantasía con el romanticismo y envolvía toda la trama alrededor de una rosa negra, me hizo hacerle una promesa que me heló la sangre. Al principio creí que era uno de sus absurdos y graciosos comentarios, pero, al igual que ocurrió sobre la barca, hizo que mis sentimientos devorasen ese amor que nos teníamos.

—Amanda, si muero antes que tú, quiero que encierres una rosa negra junto a mi cuerpo —empezó a revelar su fantasiosa promesa—. No me importarán las rosas o las coronas de flores con las que me entierren. Todas ellas con el tiempo se acabarán marchitando y perdiendo su aroma. Sin embargo, esa rosa negra que tú me regales jamás se marchitará y su olor perdurará hasta el día en el que volvamos a estar juntos allá donde me encuentre. Así recordaré cada día que hay una persona que me espera.

Sin dejar de lagrimear, le respondí que sí a aquella fantasiosa promesa. Sonreí al decirle que cuando llegase ese día tendría arrugas y pondría también su bastón con la rosa, lo cual nos hizo reír a los dos, sentados en el sofá mientras terminábamos de comernos las palomitas.

En ese mismo año, terminé mis estudios universitarios y conseguí un trabajo en la redacción de un periódico. El sueldo no era demasiado halagador, pero fue suficiente para abandonar nuestro apartamento y mudarnos a otro más céntrico, el cual estaba comunicado perfectamente por todo el servicio de transportes. Esto nos permitió ir a nuestros trabajos sin utilizar el coche que me regalaron mis padres ni la moto que tenía Samuel.

En el mes de marzo de 2017, Samuel me dijo que esa noche llegaría tarde porque una de las máquinas nuevas estaba fallando y tenían que arreglarla con urgencia, así que se llevó la moto porque cuando terminase, ya de madrugada, el metro estaría cerrado. Apagué la luz del salón y me quedé dormida con la televisión encendida, a su espera.

Un ruido me desveló cerca de las dos de la madrugada. Observé la luz del salón que estaba encendida y el televisor, apagado.

—¿Ya has llegado, amor? —pregunté, todavía adormilada.

El mando del televisor seguía a mi lado sobre el sofá y en la pantalla del teléfono móvil no había ninguna llamada perdida de Samuel. No obtuve respuesta por su parte, solo el silencio que

retumbaba entre las paredes del apartamento. Pensé que estaría duchándose en el baño del dormitorio después de la larga jornada de trabajo. Continué enrollada en la fina sábana con la que me tumbé mientras caminaba hacia el dormitorio, hasta que se convirtió en una molestia que rodeaba mi cuerpo, pues sentía que el frío se multiplicaba a medida que me acercaba. Una vez entré en la habitación, observé que estaba completamente sola, la luz del baño apagada y sobre el lado de su cama no había ni rastro de él.

No sabía quién había entrado en mi casa mientras dormía en el sofá. Me recorrió un escalofrío al encontrarme sola a esa hora de la noche y una fría gota de sudor resbaló por mi espalda, tan lentamente como la yema de un dedo que se desliza con fragilidad en una caricia. En ese momento de angustia solo se me ocurrió llamar a Samuel para averiguar si había estado en casa. ¿Habría ido al garaje?, ¿se le habría olvidado algo en la moto?

El primer tono sonó, y el segundo, y el tercero..., así hasta que saltó el buzón de voz. Me senté sobre la cama para volver a realizar la misma llamada, pues quizá en ese preciso instante no había podido coger el móvil por cualquier razón. Al tercer tono de la nueva llamada, el teléfono se me escurrió de las manos y cayó al suelo. Sentí una presión silenciosa en el otro extremo de la cama que ocasionó que mi respiración se agitara con violencia. Iba acercándose al extremo donde estaba sentada. La temperatura del dormitorio disminuía por segundos, transmitiendo la agitación que sentía mi cuerpo en vibraciones que se extendían por el colchón. Me faltaba el valor necesario para girar el cuello y ver quién se había sentado en la cama de nuestro dormitorio. La intranquilidad era tan grande que el corazón me retumbaba incluso más alto que la voz robótica del buzón de voz. Parecía que uno de esos latidos iba a atravesar la carne de mi pecho para bombear en el suelo de la habitación.

La pantalla del móvil se encendió cuando entró una llamada, agravando los sonoros latidos sanguíneos en un impulsivo salto mientras mis cuerdas vocales se exaltaron en un agresivo grito cuando descolgué:

—¿Quién es?!

Envuelta en esa perturbación, desvié mi mirada hacia el otro extremo de la cama y, aterrada, aprecié que no había arrugas sobre la sábana, como si hubiese sido todo un trastorno de mi imaginación. Sin embargo, el descenso acelerado de la temperatura que seguía sufriendo no fue parte de esa alterada imaginación.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó una mujer al otro lado de la línea al escucharme alterada.

—Sí, sí —le respondí, aún con voz trastornada—. ¿Quién es?

—¿Es usted familiar de Samuel Bonnet Leblanc?

—¿Qué le ha pasado a mi marido? ¿Qué le ha pasado?!

No podía describir la angustia que sentí en aquel momento al escuchar la pregunta.

La señora cogió aire.

—Le llamo del hospital Pitié-Salpêtrière. —Volvió a dar otra bocanada de aire y prosiguió hablando—: El motivo de mi llamada es porque su marido ha sufrido un accidente de tráfico.

—¿Cómo está?! —La ansiedad se extendió sin piedad, atemorizando a todas mis emociones—. ¿Cómo está mi marido? —repetí, pero me fallaron las fuerzas cuando empecé a llorar desconsoladamente.

—Véngase lo más rápido posible. Lo siento. No puedo decirle nada más.

La mujer colgó la llamada y me dejó sola en mi dormitorio, con aquella angustia que seguía expandiéndose impíamente. Cogí las llaves en un movimiento fugaz y, moviendo mis piernas con esa misma velocidad, me dirigí al garaje.

Arranqué el coche y pisé el acelerador como nunca lo había hecho. No me importó superar todos los límites permitidos ni conducir con las luces de emergencia encendidas, dando a entender a los pocos que circulaban a esa hora por la gran ciudad la clase de urgencia que tenía.

Entré por la puerta de urgencias poseída aún por esa sensación y arrollando con todo lo que se interponía en mi camino. Lo único en lo que pensaba era en llegar donde estuviese mi Samuel y quedarme a su lado.

—Perdone. No puede entrar así al hospital —objetó una de las enfermeras que estaba en el mostrador.

—¡Mi marido ha sufrido un accidente! —le grité—. ¡¿Dónde está mi marido?!

—Si me dice cómo se llama, podré ayudarla —me respondió la enfermera intentando que no sufriese un ataque de ansiedad y que no tuviera que ingresarme a mí también.

—Se llama Samuel Bonnet Leblanc. Me acaban de llamar diciéndome que viniese urgentemente al hospital.

Mientras tecleaba en el ordenador para darme información sobre Samuel, yo miraba en todas las direcciones en busca de algún indicio. Buscaba algún familiar, personal del hospital, las camillas... Hasta que unos dolorosos gritos al final del pasillo me mostraron la realidad por la que aquella mujer me dijo por teléfono que fuese lo más rápido posible.

—No... No... ¡No! —repetía la negación mientras ocultaba mis labios con ambas manos. Mis ojos empezaron a consumirse en un doloroso llanto cuando vi que los padres de Samuel eran los causantes de los gritos desgarradores. No hacían falta palabras para comprender tal escena de dolor.

—Lo siento.

La enfermera abandonó su ordenador y, sorprendentemente para tratarse de un sanitario acostumbrado a dar malas noticias, me abrazó tan fuerte como pudo cuando averiguó el nombre de la persona que le comunicué. Sabía que aquella familia que estaba destrozada en el pasillo de urgencias eran los padres de Samuel. No podía sentir aquella fuerza con la que me abrazó, pues no existía mayor dolor que el que experimenté en ese momento. Mi marido,

la persona que me juró amor eterno, el que me hizo creer en el amor y no en odiarlo, acababa de fallecer.

—Él ha...

Fui incapaz de terminar la frase, pues esperaba de una forma infantil que, si nunca llegaba a hacerlo, le devolviera la vida. Empecé a golpear a la chica que me estaba consolándome, sofocando sobre su pecho todo aquel pesar que sufría. Salpiqué su bata blanca con un río de lágrimas cuando acepté su abrazo y cesé con los golpes de incompreensión. No quería abandonar sus brazos cuando apoyé mi cabeza en ellos, deseando exiliarme para olvidar el motivo por el que me encontraba en el hospital aquella fatídica noche.

Rechacé el vaso de agua que me ofreció cuando me separé de su agarre. Me obligó a cruzar el pasillo de urgencias y a enfrentarme a la despedida eterna de Samuel mientras era observada por el fantasmal dolor de sus padres.

Forcé a mis piernas y empecé a recorrer los pocos metros que nos separaban viendo una imagen cada vez más borrosa por el profundo llanto que derretía mis ojos. Iba apoyando las manos en la pared para seguir guiando los pies, pero una desgarradora pesadez me impidió seguir caminando por el pasillo. No pude soportar el momento en el que el padre de Samuel levantó su mirada y me observó con aquellos ojos repletos de sufrimiento. Solté el apoyo de la pared y me desplomé de espaldas contra ella, haciendo que descendiese hasta caer de rodillas. No dejé de mirar a Richard en ningún momento. Los gritos desesperados de Margot creaban un clima sin esperanza en el pasillo de urgencias.

—¿Es usted la mujer de Samuel Bonnet? —me preguntó un hombre con una bata blanca que se acercó a mí, aunque mis ojos seguían fijos en los de Richard—. Soy el doctor Laurent. En primer lugar, me gustaría darle el pésame. —Se lo agradecí apoyando la cabeza contra la pared y gesticulando un agradecimiento mudo. No logré realizar otro movimiento—. Sé que diga lo que diga no

va a reparar el dolor que siente, pero, si le sirve de consuelo, su marido no sufrió. Falleció en el acto.

Mi llanto se intensificó y se convirtió en algo devastador al escuchar finalmente que alguien me confirmaba que Samuel había fallecido. Había puesto fin a aquella frase inacabada que no quise terminar y solo en ese momento acepté la muerte de mi amado Samuel. La enfermera me miró conmovida.

—A... aún..., él...

—No la entiendo, lo siento —me informó la enfermera al escuchar cómo balbuceaba sin coherencia.

La contemplé, respiré hondo e intenté pronunciarme bien:

—Aún sigue aquí, ¿cierto? —le pregunté a los sanitarios—. Quiero despedirme de él —pedí en un hilo de voz, pero el doctor respondió de inmediato negando con la cabeza—. Por favor.

—Está bien, acompáñeme —me dijo extendiendo su mano para alzarme de esa losa de ladrillos donde estaba apoyada—. Su marido ha sufrido un violento accidente de tráfico con la moto —comenzó a detallarme una vez me incorporé, obligada a apoyar la otra mano contra la pared—. No tengo todos los detalles, pero sí los suficientes si lo desea. —No le pedí más información de su muerte, pero como sanitario y al estar acostumbrado a esas situaciones, me las ofreció—: Por la carretera que circulaba, en una de las curvas había gravilla y ha perdido el control de la moto, estrellándose contra el quitamiedos.

Asentí a su explicación. Los gritos de dolor de los padres de Samuel se intensificaban a medida que me acercaba por el pasillo, persiguiendo los pasos del sanitario. Crucé durante un breve instante mi mirada con la de Richard. Sus ojos se vaciaban y habían perdido todo el brillo de la vida ante la muerte de su hijo.

—Aquí es —manifestó, y abrió la puerta doble.

El sonido se reprodujo por todo el recinto ante el enorme silencio que reinaba en el lúgubre lugar. Seguí sus pasos entre diferentes camillas que ocultaban la muerte bajo sábanas, hasta que se detuvo frente a una.

—Samuel —susurré con un hilo de voz que se rompía cuando el médico dejó su rostro a la vista, siendo la única parte del cuerpo que destapó—. ¿Por qué no has cogido el coche?, ¿por qué?... —Mis dedos acariciaron su rostro mientras observaba las heridas del accidente—. Ahora estarías en el sofá viendo la televisión.

Mis labios se silenciaron al besar los suyos en una despedida muda. Parecían dos bloques de hielo con el característico color magenta, y tan tensos que me incomodaron. Ese sería el recuerdo que tendría de nuestra despedida; un frío e incómodo beso.

No perseguí los pasos del sanitario al abandonar la sala y regresar al pasillo, ni mis ojos buscaron los de Richard, al no querer mostrar esa crueldad del último recuerdo con mi marido.

Capítulo 2

Mis padres llegaron al hospital a los pocos minutos de colgar la llamada. Gracias a ellos recibí todo el cálido afecto que necesitaba en aquella trágica y fría noche. Las horas fueron pasando en el estrecho y claustrofóbico pasillo de urgencias, pero, cerca de la última hora de la madrugada, dolorosamente se tuvo que empezar a hablar con la empresa que se encargaría de transportar el cuerpo de Samuel al tanatorio. Esa noche decidimos cómo queríamos que fuese su último adiós.

—Gracias —me dijo Richard mientras me apretaba la mano. Había estado en todo momento a su lado en ese crudo proceso de elección, soportando escuchar cómo nos vendían complementos como si Samuel fuese un objeto. Margot se había quedado con mis padres al no poder soportar la decisión del tipo de madera o el color del ataúd donde descansaría su hijo eternamente.

A las diez de la mañana sacaron el cuerpo de Samuel en el coche fúnebre. Nosotros salimos detrás de él. En el tanatorio, busqué la sala del velatorio que nos habían asignado, aunque era completamente visible a lo lejos, ya que se trataba de la única con tal multi-

tud de gente que se amontonaba en el exterior. Todas las personas que lo conocían querían darle ese último adiós. Pasé entre ellos sin mirar a ninguno ni escuchar su pésame, al igual que camina una sombra en la oscuridad. Mis ojos se quedaron reflejados en el gran cristal cuando accedí al interior y lo vi con los ojos cerrados.

—Samuel... —pronuncié apoyando ambas manos abiertas en el cristal y esperando, en una dolorosa inocencia, ver su mano plasmada en el otro extremo como un reflejo.

Para aquel último adiós decidimos dejar el ataúd abierto, pero cubriendo todo su cuerpo con una sábana, a excepción del rostro, cuyas heridas eran prácticamente invisibles. Tenía una preciosa expresión en aquel sueño en el que estaba sumido. El cristal transparentaba como en un espejismo el descenso de mis lágrimas por mi rostro y recreaba esa ilusión por la proyección en todas las coronas y flores que lo rodeaban.

—Ahora sí podemos despedirnos de él —me informó Richard, colocándose a mi lado.

—Sí —le respondí, sumida en esa visión que seguía exhibiendo la cristalera.

—Parece que está dormido —señaló mi madre cuando su reflejo apareció también. Me abrazó de nuevo. Eran incontables todas las veces que lo había hecho desde que llegó de madrugada al hospital.

—Sí, mamá, parece que está dormido —le dije refugiada en ella—. Ninguna es negra —susurré mientras salía de sus brazos. Su expresión cambió súbitamente al escuchar, sin comprenderme, esas repentinas palabras.

No articuló nada más que aquella expresión en el momento en el que apreció que abandonaba a toda prisa la sala. Salí de nuevo como un espectro en la oscuridad, bajo las miradas angustiadas de todos los presentes que me cruzaba, y busqué la floristería del cementerio. Cuando entré e hice mi petición, el vendedor me dio una mala noticia al pedirle una rosa negra.

—Lo siento, ese tipo de rosa no la vendemos aquí.

Ante el rechazo, me dirigí de una forma consciente a la única floristería de París donde sabía que no me darían esa respuesta negativa, aunque destapara el misterio y la seducción que tanto le gustaba a Samuel.

—Hola —saludé al llegar al local.

Era tal cual la estuve imaginando durante los años en los que Samuel apareció con flores de allí. La fachada estaba soportada por vigas de madera de color verde esmeralda, recubierta por un sinfín de cristales que le daba aquella forma asimétrica y dejaba contemplar el paraíso de tonalidades en su interior. En el exterior estaban las flores más comerciales, como hubiese dicho mi amado.

Antes de entrar me sequé las lágrimas, pues no quería contarle a ese hombre el fallecimiento de Samuel.

—Hola —me saludó el dependiente.

—Soy la mujer de Samuel, Amanda. Siempre viene para regalarme flores con una dedicatoria hecha a pluma. —«Siempre viene». Me percaté de que había hablado en presente de mi marido.

—Amanda, por fin te conozco —me dijo con un tono enérgico—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quiero una rosa negra —le respondí de forma seca. Eran las últimas palabras que podía pronunciar sin ahogarme en el sufrimiento.

—¿Vienes a por la rosa negra?

—Sí, ¿por qué? —le pregunté con un fino hilo de voz.

—Samuel vino el año pasado y me encargó una rosa negra. Me dijo que cuando la tuviera, lo llamase. Hice lo que me pidió y lo llamé creyendo que se la llevaría. Al llegar, como siempre, le tenía preparada la pluma que le gustaba a él y una hojita para dedicarte algo, pero me sorprendió cuando me pidió una tarjeta más grande. Terminó de escribir la nota, la guardó en el interior del plástico, me la pagó y me solicitó que la guardara en el almacén. No entendí nada. Solo me dijo que algún día vendrías a por ella. —Se

fue al almacén y volvió bastante rápido—. Hasta el día de hoy no he vuelto a tocarla. Aquí la tienes. Llevo casi un año guardándola desde entonces. —Me sorprendí por las frescura de sus pétalos, tras llevar tanto tiempo almacenada allí.

«Sabía que vendría a esta tienda a pedirla», susurré en mi mente cuando la posó sobre el mostrador. Aprecié en su interior la nota doblada. En silencio, introduje la mano en el envoltorio y saqué el papel, viendo que era bastante más grande que las que solía dedicarme. Era su letra. No pude evitar romper a llorar. Jamás lo volvería a ver. El dependiente me miró incrédulo ante mi repentina reacción, pero no me importó.

Si estás leyendo esta dedicatoria, sabrás que es la última que te escriba. Las rosas negras naturales solo existen en un lugar del mundo llamado Halfeti. Esta flor viene desde Turquía, atravesando el gran océano. Ha estado todo este tiempo esperando en silencio hasta este día, que la has recuperado. No sé dónde estaré ahora, pero, cuando nos volvamos a encontrar, te esperaré con ella en la mano, deseando volver a besarte. Te amo, Amanda.

Guardé el papel en mi bolso y la rosa en un envoltorio que me dio el dependiente, conservando su embalaje original. Me despedí con un profundo agradecimiento del chico que continuaba completamente pasmado por la escena que acababa de presenciar.

Me monté en el coche y me dirigí de nuevo al velatorio, donde la colocaría para que Samuel la sintiera. Le daría esa vida que acababa de perder al cumplir con su promesa.

—¿Puedo hablar contigo? —le pregunté a Richard cuando llegué. Estaba rodeado de familiares en la puerta del velatorio. Todos se habían dado cuenta de mi regreso, una hora después de la furtiva huida, por la bolsa de la floristería.

—Sí. Dime, Amanda.

—¿Te puedo pedir un favor? —Con la mirada me dio su respuesta—. Me gustaría introducir algo en el interior del ataúd antes de... —Una pequeña lágrima se quedó apresada en mi ojo derecho—. Es una promesa que teníamos.

—Sígueme —pronunció con un tono tan suave que pensé que sus palabras se quebrarían si seguía hablando.

Cruzamos el pasillo donde seguía el dolor de otras familias hasta llegar a la esquina. Richard golpeó dos veces la puerta que allí se encontraba y se abrió de inmediato.

—Hola, Florent. Ella es la mujer de mi hijo. Va a pedirte un favor.

Era el encargado de llevar las flores y las coronas al interior donde estaba Samuel.

—Claro, Richard —le dijo.

—Quiero colocar esta rosa en el interior para que descanse con él —le indiqué mientras la sacaba de la bolsa y de su envoltorio.

—La contempló sorprendido.

—¿Quiere que la ponga en el interior del féretro? —nos preguntó, mirándonos a ambos, asombrado.

—Sí —le pedí. Fue una afirmación tan rotunda que hizo que se inmovilizasen sus labios, deshaciendo cualquier duda.

El hombre la cogió. Richard y yo salimos al pasillo cuando cerró la puerta y me preguntó:

—¿Esa rosa negra era su última voluntad?

—Sí. Era nuestra promesa.

—Es una rosa negra de Halfeti, ¿cierto? Siempre quiso tener una. De adolescente tuvo una de esas que venden en las floristerías, pero era alterada.

—Nunca la he visto —lo informé al entrar de nuevo en la sala para seguir acompañando a Samuel.

—Se la compró a los diecisiete años, pero un día haciendo limpieza, hace ya mucho, se le cayó encima una caja pesada y la aplastó. —En ese momento entró Florent con la rosa en la mano.

Nadie se percató de su presencia, a excepción de Richard y yo que estábamos reflejados en el cristal. Colocó la flor sobre el pecho de Samuel con tal delicadeza que daba la sensación de que estuviese flotando en el aire, coloreando con sus oscuros pétalos el blanco apagado de la fina sábana que cubría su cuerpo. Su tallo verde descansaba sobre sus dedos de la misma manera que si la estuviese agarrando y oliendo—. Estuvo ese día mirándola, encerrado en su habitación, e intentando revivirla mil veces cambiando el agua del jarrón casi a cada hora, pero finalmente la tiró. A la semana siguiente, le regalamos otra. No la quiso, pues decía que una rosa negra era eterna y que solo se podía tener una en la vida. —Él fue quien me miró entonces—. Supongo que te estará diciendo gracias ahora esté donde esté. —Suspiró sin dejar de mirar la rosa sobre el pecho de su hijo.

«Te da las gracias», escuché. Una voz se había apoderado de mi subconsciente durante esa fracción de segundo, robando mis pensamientos más profundos. Era una voz grave, tan profunda que parecía rota y tan cercana que creía que me estaban susurrando al oído. Era imposible. Solo estaba Richard conmigo y su voz al lado de aquella parecía la melodía de un violín. Mirara donde mirase, no encontraba a nadie tan cerca de mí como para haberme bisbi-seado aquellas palabras.

Me dirigí hacia Margot, quien seguía inmersa en aquel llanto de lágrimas resacas. Mis ojos ya no lloraban, sino que mantenían un brillo casi hipnótico al saber que Samuel estaba oliendo la rosa allí donde estuviese.

—¿Quién ha puesto esa flor tan triste? —preguntó mi madre, después de abrazar de nuevo a mi suegra e intentar calmarla. Fue imposible.

—Era su última voluntad, mamá —le contesté. Se quedó cautivada por mi brillante mirada.

—Pero ¿negra? —volvió a preguntar, incrédula.

—Sí. —Una sonrisa acompañó mi afirmación. Ella simplemente lo aceptó.

—Sabes que a tu padre y a mí nos tienes para lo que quieras. — Me abrazó igual que cuando era pequeña, haciéndome creer que estaba viajando en el tiempo hacia mi infancia—. ¿Quieres que vaya a la cafetería y te traiga algo para comer? No has probado bocado en todo el día, Amanda.

Eran algo más de las doce del mediodía.

—Un café —le susurré, pues seguíamos acurrucadas en el tierno gesto.

—Yo te lo traigo —me dijo mi padre, acariciándome el pelo. Me transportó al mismo piso en el que me crie, hasta el que me acompañó Samuel en la primera cita.

Mi padre siempre fue una persona de pocas palabras, pero, sin decirlas, mostraba cada uno de sus sentimientos. Me tomé el café cuando me lo trajo sin que mi reflejo abandonase a mi marido. Las horas pasaban mientras recibía las condolencias de la gente que llegaba, intensificándolas con fuertes abrazos de las personas más cercanas y recordando todas las graciosas anécdotas de él cuando llegaron nuestras amistades. Tenía tantas que durante esos recuerdos mis lágrimas se convirtieron en nostálgicas sonrisas.

Las luces fueron encendiéndose al caer la noche, lo cual le dio color a la oscura rosa que continuaba apoyada sobre el dormido cuerpo. El último llanto que tenía reservado aquella noche lo expulsé en ese momento, pero me quedé petrificada cuando una enorme sombra se manifestó tan cerca de Samuel que podía levantar la tapa de la caja. Su tamaño era inmenso, acercándose a los tres metros de altura. Introdujo su mano en el interior del féretro y, al retirarla, sacó con ella la rosa negra que dormía sobre el pecho de Samuel.

—¡No te la lleves! ¡Déjala donde está! —grité frenética, colocando ambas manos sobre el cristal. Le suplicaba a esa sombra que no se

llevara aquella promesa que había cumplido a la persona que más amaba, pero poco a poco la flor fue desapareciendo delante de mis ojos. Las miradas de los asistentes se clavaron en mí, probablemente porque no comprendían nada. Así supe que era la única persona que veía aquello que estaba junto a Samuel—. Por favor, no se la arrebatés... —le repetí de una manera tan desgarradora que solo pude transmitir un quebradizo murmullo, sintiendo cómo mi raciocinio se desintegraba al pensar que estaba perdiendo la cabeza cuando cerró la tapa del féretro y nadie reaccionó ante sus impías acciones.

Las siluetas de toda la gente que me rodeaba fueron desapareciendo en un aterrador silencio, pero sus voces retumbaban en un eco muy lejano por las paredes. Pronunciaban mi nombre una y otra vez, pero lo único que alcanzaba a ver era aquella sombra junto a Samuel.

El cristal donde me apoyaba desapareció, ocurriendo así el mismo fenómeno inexplicable por segunda vez. Caí en el interior de la sala donde estaba el ataúd de mi marido, rodeado de todas aquellas flores. La sombra se presentó delante de mí con total nitidez, ya que no existían destellos vidriosos a esa escasa distancia. Todo su ser estaba envuelto por la oscuridad que me permitía diferenciar únicamente en su rostro el perfil de sus labios y unas cuencas en sus ojos que me miraban con fijeza. Poseía una delgadez tan extrema que en su silueta apenas existía carne. Su cabeza estaba recubierta por una larga melena que se perdía en esa oscuridad. Si no fuese por su flaqueza y su altura, habría pensado que aquel ser era humano.

—Yo no le he quitado nada, Amanda. Ha sido él quien me ha dado la rosa antes de abandonar el mundo de los vivos, si no ¿cómo piensas que conozco tu nombre?

—¡Tú se la has quitado! —sollocé con toda la ira que pude clavando mis ojos en los suyos—. ¡Jamás te la daría! ¡Es una promesa que nos hicimos!

El enfado superó mi terror. Mis sollozos no cesaron ante esa criatura que me mentía. Sabía lo que había visto y sus palabras no se correspondían con sus acciones.

—Si piensas que estoy engañándote, míralo por ti misma —pronunció mientras acercaba su mano al ataúd y lo abría, de nuevo en ese juego perverso. Pero lo que vi fue más perverso aún.

Capítulo 3

Toda la ira y el dolor que había soltado momentos antes se desvaneció cuando fue abriendo la madera. Me mostró que en su interior ya no estaba Samuel. Únicamente quedaban las marcas en su acolchado interior.

—¿Dónde está Samuel? —le pregunté, destrozada al ver que ese ser no mentía. Me olvidé de él y me acerqué allí donde debería estar mi marido. Pasé mi mano con tristeza por el acolchado blanco en el que había estado descansando.

—Samuel ya no pertenece a tu mundo.

—¿Por qué te la ha dado? —quise saber, sin dejar de acariciar la tela.

—Hace tanto tiempo que no enterráis a vuestros muertos con una rosa negra que los mortales habéis olvidado su significado. Hubo una época en que sí lo hacíais, pero de eso hace ya demasiado tiempo y se ha quedado en el olvido. Si te preguntas si se ha deshecho de ella, la respuesta es no.

—Pero yo he visto... —intenté continuar, aunque me interrumpió:

—Has visto solo lo que has podido observar desde tu mundo: que no es más que un espejismo donde la realidad se aturde a sí misma. Mira a tu alrededor. —Un éxtasis de terror me dominó al verme rodeada de gente que había aparecido de la nada con miradas perdidas en una absoluta soledad, como si esperasen a alguien que jamás llegó a por ellos. Todos estaban vestidos con ropas de otras épocas, pero ninguno se percataba de que yo me encontraba allí—. No temas, ellos no pueden vernos. Pertenecen a mi mundo, no al tuyo.

El edificio completo del tanatorio desapareció repentinamente, quedando solo un inmenso páramo donde veía unas montañas doradas muy alejadas de donde nos hallábamos. Ese paisaje desierto estaba iluminado por un cielo morado sin estrellas.

—Como te he comentado, no he destruido vuestra promesa. Samuel la tiene entre sus manos con una sonrisa mientras está mirándote.

—¿Él está aquí?

Mis pies empezaron a caminar en círculos y me alejé del ser que seguía oculto por la oscuridad. Mis ojos atravesaban todas esas almas desperdigadas, pero eran tantas que no pude reconocer entre ellas a Samuel.

—No te molestes en buscarlo. Te he mostrado las limitaciones que tenéis los mortales —me comentó mientras seguía sumida en la insaciable búsqueda de Samuel en un mundo que no me pertenecía—. Pero sí, yo estoy viéndolo.

—¿Me está escuchando? ¿Puedo hablar con él? —inquirí mientras me detenía y clavaba mi mirada en él.

—No pertenece a tu mundo —me repitió tajante.

Las paredes hicieron desaparecer a las almas solitarias cuando regresé con los vivos, pero seguíamos completamente solos en el velatorio. El ataúd continuaba abierto y vacío.

—Llévame otra vez allí —le imploré, agarrándole del brazo inconscientemente.

—Antes de irme, debes recibir esto de mi mundo —me dijo. En cada una de sus manos hizo aparecer dos objetos: un libro en la mano derecha y una pluma negra en la izquierda—. Tendrás que esperar al cuervo.

—¿Al cuervo? —le pregunté extrañada, aunque cogí los dos elementos.

El libro no era muy grande y tenía pocas páginas, pero su encuadernación elevaba su peso más de lo que creía cuando lo sostuve. Tenía un tacto rugoso, aunque no creaba ninguna molestia al acariciarlo. Lo abrí y fui pasando las páginas, contando un total de treinta y dos. Todas estaban en blanco, libres de cualquier rastro de escrituras. La pluma no era de tinta ni metálica, sino auténtica y debía pertenecer a un inmenso pájaro por su tamaño. Superaba los treinta centímetros.

Me dispuse a escribir, pero me advirtió:

—No malgastes páginas. Te arrepentirás si no esperas al cuervo.

Antes de desaparecer, señaló con uno de sus esqueléticos dedos al bolso que tenía colgado en una de las perchas. Me brindó una sonrisa casi humana y me permitió guardar ambos objetos en su interior para que nadie los viese, pues era incomprensible para los vivos.

Las voces de la gente que me rodeaba volvieron a retumbar entre las paredes, nombrando mi nombre de forma repetitiva. Se cristalizó de nuevo esa pantalla vidriosa y todas sus siluetas quedaron impresas en ella.

—Mi pequeña —escuché decir a mi padre, quien me sacudía de los hombros para que me calmara. Estaba colocado en el mismo centímetro cuadrado donde se encontraba antes de la paranormal conversación con el ente, pero los rostros de los presentes no eran los mismos. Me acechaban en busca de una respuesta a tal escena ilógica. Se acercó a mí con los ojos vidriosos—. Florent no se ha llevado tu promesa, sigue teniéndola Samuel. Nadie la ha robado. No sé porque estás diciendo eso —me contó con tono consolador.

Hablaba en presente de esa frase con la cual le recriminé a la imponente sombra muchos minutos antes que no se llevase la rosa. Sentí el grueso tacto de la cristalera al mantener mis manos apoyadas en ella.

¿Cómo podía estar dialogando mi padre en presente y por qué mis manos seguían allí apoyadas si la sombra había hecho desaparecer el cristal y me había transportado a su mundo? ¿Había sido todo producto de mi imaginación u ocurrió realmente? Dejé de reflexionar y me deshice del consuelo de mi padre y del tacto de la vidriera para acercarme a la percha donde continuaba colgado mi bolso.

En su interior estaban los dos objetos que me dio aquel ser de su mundo. Como buena periodista, busqué una explicación objetiva a lo sucedido. Todas las fui descartando. Pero una tenía sentido: la percepción del tiempo en esa realidad era diferente a la nuestra.

—Me voy a casa. —Corté fulminantemente el deshecho consuelo de mi padre, dejando a todos atónitos al ver que abandonaba a mi marido esa última noche antes del entierro. No obstante, ninguno de los presentes conocía la verdad que me mostró aquel ente al abrir su ataúd vacío, así que no lo entenderían.

—¿Prefieres irte a casa mejor? —me preguntó algo sorprendido Richard, quien se acercó a mí. En sus palabras se notaba la empatía, pues también deseaba lo mismo.

No dije nada, solo afirmé con la cabeza.

Poco después, cogí un taxi, pero cuando fui a darle la dirección del apartamento, visualicé la triste figura de la soledad esperándome en la puerta con una sonrisa desgarradora en el sombrío rostro. Con pena y sin mirar a la cara del taxista, le dije que me llevase al hostel más barato que conociese. Sabía que esa solitaria figura no se atrevería a acercarse a un antro similar.

Al llegar, entré en la simple y modesta habitación después de pagarla en la recepción y volví a tener en mis manos los dos objetos que me dio el ser.

Dejé el libro sobre la cama y empecé a escribir con la pluma sobre los escasos muebles de la habitación, pero no pintaba. Miraba constantemente la pluma y el libro con un deseo.

«Te arrepentirás si no esperas al cuervo», recordaba sus palabras, pero el ansia era tan pura que escondí la advertencia en lo más profundo de mis pensamientos y abrí el libro por la primera página. Me atreví a escribir una sola letra en el folio. La tinta se ralentizaba en el tiempo y perseguía a la pluma como una sombra. Daba la sensación de que alguien estaba redactando a mi lado. Con unas lágrimas de incompreensión por no conseguir nada, lo cerré. Ahogué la pluma negra en su interior, la cual sobresalía por ambos laterales. Humedecí la gruesa encuadernación cuando lo abracé contra mi pecho. No comprendía el significado que tenía enterrar a alguien con una rosa negra.

La misa empezó a las once de la mañana y se alargó hasta el mediodía. Nuestros familiares y amistades ocupaban los asientos de la capilla mientras el resto escuchaba las palabras del religioso de pie por falta de sillas. Eran muy pocos quienes renunciaban a esa última despedida. El ataúd de Samuel estuvo rodeado de flores, pero mi mirada durante esa hora no se posó sobre el ataúd, pues sabía que estaba vacío.

Cuando terminó, el coche fúnebre fue recorriendo las astilladas calles del cementerio después de terminar el acto. Tras eso, la tierra cayó sobre su féretro en aquel descanso. Conocer toda la nueva información que poseía no evitó que me derrumbase en un último llanto que mantuve escondido en el lugar más clandestino de mis sentimientos.

Los primeros días los pasé acompañada de la silenciosa soledad tras desconectar el teléfono en mi apartamento. Deambulaba en

los escasos metros que separaban el sofá de la cama, desgastando el suelo de madera en aquellos desolados pasos. A principios de la primera semana, abandoné esa melancolía para ir al supermercado y meter algo de comida en la nevera. Encendí el móvil al día después y estuve durante horas leyendo los mensajes que me habían enviado mis seres queridos.

A la segunda semana, me incorporé de nuevo al trabajo, donde dibujé en mi rostro la primera sonrisa desde su fallecimiento, pues volví a rodearme de mis amistades en la redacción. Sin embargo, rechacé ir a la cafetería al terminar el día para tomarnos algo, ya que no me sentía todavía preparada para esa clase de reuniones. Estaba segura de que Samuel estaría diciendo desde aquel mundo que visité que no quería verme así de triste y apagada, pero incluso así tardé cerca de dos meses en volver a recuperar parcialmente mi nueva vida sin él, gracias a aceptar cualquier compromiso social, laboral o familiar y asumiendo las palabras que no pararía de repetirme mi marido con la rosa en la mano.

En agosto de 2017, cinco meses después de su muerte, vacié con dolor la ropa de nuestro armario, a excepción de una camiseta que le encantaba y uno de sus pijamas que tantas veces le había robado. Siempre oía cómo se enfadaba cuando lo obligaba a vestirse con uno feo que no le gustaba. Durante esos cinco meses me aburrí de buscar en la red viejas leyendas relacionadas con aquella sombra y con los dos objetos que me entregó, rozando la inmensa mayoría lo absurdo e irreal. Hablaban de un mensajero que les traía cartas a los vivos si se enterraba a una persona con una rosa negra, pero cinco meses después no se había presentado ninguna aparición paranormal ni el fantasmal cuervo al cual debía esperar. Todas las historias desvariaban en lo relacionado con la esquelética sombra, incluso alguna ni llegaba a nombrarla. Sentía que perdía el tiempo en leer todas esas insensatas fábulas en páginas que arañaban el ocultismo. Atónita, ojeé que algunas afirmaban que dicha pre-

sencia era un demonio de los infiernos, sin embargo, recordé su última sonrisa cuando me permitió guardar los dos objetos en el bolso y descarté esas afirmaciones.

El primer invierno sin Samuel llegó. Durante aquellos meses había calentado mi cuerpo con el pijama que dejé en el armario. Creaba silenciosas sonrisas en soledad cuando recreaba su voz en mi mente, enfadado, y me decía que no le robase un año más la prenda. Las mismas sonrisas que recreé al llegar el siguiente invierno de 2019 y volví a quitárselo.

El interior del apartamento, durante esos dos años, sufrió ciertos cambios. El más visible era el color de las paredes que dejaron el virginal blanco por un rojo pasión en el salón, un verde selvático en nuestra habitación y un anaranjado suave en el cuarto de invitados. Los muebles del salón también fui renovándolos, dejando únicamente el sofá, pues no paraba de recordar los momentos en los que Samuel estaba sentado conmigo viendo la televisión y comentando esos programas que tanto odiaba ver a mi lado. Sin duda, nuestra cama fue el primer mueble que suplanté en la misma semana de su fallecimiento, aterrada por tener que dormir en ella tras sufrir la presencia paranormal la fatídica noche.

Iba habitualmente al cementerio y me colocaba delante de su preciosa cruz de mármol para hablar con él, llevada por la misma idea onírica por la que dejé el sofá, aunque era consciente de que ya no pertenecía a mi mundo y le hablaba a un trozo de piedra. A veces, las conversaciones giraban en torno a nuestras familias, otras, sobre mi trabajo en la redacción, de nuestras amistades..., pero, sobre todo, le decía que seguía amándolo y que a veces no quería levantarme de la cama ni mirar a los ojos al mundo.

«El universo tiene unos ojos muy grandes», pensaba. En ocasiones se me escapaba una carcajada; otras, una sonrisa silenciosa, y otras, una sencilla lágrima al pensar que esa sería su respuesta allí en ese páramo donde me esperaba con nuestra promesa en la mano.

Continuaba teniendo relación con la familia Bonnet, especialmente con Richard y Margot que, durante nuestro corto matrimonio, llegaron a aceptarme como a una hija. En la redacción, al igual que ocurre en cualquier trabajo, tenía compañeros que olvidaba al acabar mi jornada, pero otros continuaban en mi vida. La que más se adentró de forma personal era Nicolle. Tenía un año menos que yo, y por su estatura se parecía a mi hermana menor. Tenía un pelo que no llegaba a los hombros, castaño, al igual que el color de los ojos. Nicolle, de una forma incesante, estuvo gran parte de ese viernes diez de marzo intentando convencerme para conocer a sus nuevas amigas de yoga después del trabajo, insistiendo que eran muy divertidas y que me caerían muy bien.

Me hice de rogar las primeras veces, pero terminé aceptando cuando un avión de papel cayó en mi mesa torpemente y tenía escrito: «Por favor».

Llegamos juntas al bar donde había quedado con las chicas. Cada una de ellas tenía una cerveza, aunque yo creía que la gente que hacía yoga solo tomaba té o infusiones. Ese pensamiento lo solté en uno de mis comentarios cuando alcancé cierta confianza con ellas y nos reímos. Durante varias horas, mantuvimos infinidad de conversaciones hasta que nos despedimos para la próxima ocasión. Dejé a Nicolle en su casa y aproveché esa felicidad para mostrársela a Samuel cuando fui a visitarlo.

La temperatura de aquella tarde era más usual de primavera que de invierno, pues brillaba el sol con tanta fuerza que la gente paseaba con la ropa de abrigo colgada en sus hombros. Los demás conductores llevaban las ventanillas bajadas, aprovechando ese día de invierno que se había camuflado en primavera. Al llegar al cementerio, bajé del coche para seguir andando la larga calle hasta donde estaba Samuel descansando, pero, muchos metros después, mis pasos se detuvieron al apreciar algo oscuro que no debía estar sobre la lápida. Mi respiración comenzó a acelerarse.

Nuestro juramento eterno estaba colocado de una manera simétrica sobre su lápida. Quien la había soltado se había molestado en ponerla allí de esa forma tan perfecta. Por más que miraba a las pocas personas presentes a mi alrededor, ninguna me prestaba atención, por lo que quien hubiera colocado esa rosa negra ya no estaba. Con unos cuidadosos pasos fui acercándome hasta estar frente a ella. Cuando me agaché y acaricié sus oscuros pétalos, comprendí que era la misma flor que le introduje en el velatorio a Samuel, dos años atrás.

El ambiente se rompió después de que un indescriptible sonido se empezase a hacer eco por todas las ramas de los árboles, creando una escena lunática cuyo origen era imposible conocer. Mis ojos enloquecieron entre las copas de los pinos en busca de su procedencia, aproximándose cada vez más, del mismo modo que una sombra invisible devora todo a su paso. Cesó finalmente cuando reposó sus enormes alas sobre la cruz de mármol. Su negra mirada me observaba en silencio, sin mover ni un solo músculo, como si quisiese decirme algo en un idioma que no comprendía. Sobre su oscuro plumaje, resaltaba una especie de cicatriz en su ojo derecho. Su tamaño era tan descomunal que sus garras se apoyaban en el mármol como si fuese una inmensa rama de un arbusto, pero, a pesar de su dimensión, nadie se percataba de su presencia, tal y como ocurrió dos años atrás en el velatorio.

La insufrible espera que padecí durante ese tiempo puso fin ante la presencia de aquel gran cuervo que no pertenecía a nuestro mundo. Había llegado el momento en el que me revelaría todos los secretos que escondían los dos objetos que había recibido entonces.

Introdujo su extenso pico en el interior de una de sus alas y sacó un papel perfectamente doblado. Era imposible que aquel descomunal cuervo lo hubiese plegado de una forma tan meticulosa antes de emprender el vuelo del lugar de donde venía.

Abrió el pico y lo dejó caer sin que su penetrante mirada me abandonase. Se quedó frente a mí con una de sus alas desplegadas. No necesitaba averiguar el remitente de ese folio, sabía que era para mí, pero una nube de confusión tenía secuestrado cualquier rastro de emoción o sentimiento.

—¡Llevo esperándote dos años y me traes esto! —le grité con lágrimas de amargura una vez tuve el papel en mis manos. Era de un blanco absoluto como las treinta y dos páginas del libro que seguía guardando en mi armario junto a la pluma—. ¡Ese ser me dijo que me arrepentiría si no te esperaba! ¡¿Y para qué ha servido?! —continué gritándole, pero su única respuesta ante mi aflicción fue la misma mirada penetrante que había mostrado desde que se manifestó—. ¡¿Qué tengo que hacer con esto?! —le recriminaba asolada, tirando el folio de nuevo sobre la lápida al no obtener respuesta alguna de su parte. A diferencia de la sombra, el cuervo no pronunciaba palabra. Era un simple pájaro—. ¡Vete de la tumba de Samuel, pajarraco!

Devastada, le dije que no quería que sus garras se apoyasen en la preciosa cruz de mi marido, pero solo alzaba el vuelo unos pocos centímetros y volvía a posarse en ella en el mismo silencio. Cuatro veces le repetí que se fuera, renunciando a una quinta, derrotada por una ilusión marchita que me consumía al lado de quien debía deshacer el misterioso hechizo de los dos objetos. Abandoné la profanada cruz de piedra por el fallido pajarraco que se mantenía inmóvil ante mi despedida, con la rosa negra en la mano.

Un gato callejero de color negro vagaba por el cementerio con sus ojos estáticos en dirección al cuervo. Pasó a una escasa distancia de mí, mostrando un comportamiento impropio de ese animal, demostrándome que también era capaz de ver al cuervo sobre el crucifijo. Sorprendida, arrastré mi mirada sobre su lomo al ver que estaba cubierto por unas características manchas blanquecinas

comparables a símbolos bastante antiguos. Quizá se trataba de la obra artística de algún gracioso con un bote de espray.

Cuando llegué a mi apartamento, introduje la flor en un jarrón de cristal que llené de agua para después colocarla en el salón. Puse a su lado la foto de Samuel con una vela encendida para que sintiese que alguien seguía esperándolo, ya que se había perdido ese juramento eterno. Besé su imagen con la misma intensidad que ardía la llama de la vela, siendo mi manera de olvidarme de esa epidemia de tristeza y frustración.

Me dirigí a la habitación para buscar de una forma pesada las mismas ridículas leyendas que leí dos años atrás en el ordenador, pero esa vez tendrían un margen mucho más estrecho ante la presencia de aquello que me trajo un inservible papel del más allá. Ese espacio únicamente sirvió para que leyese otras ridículas historias, en las que estaban escritos comentarios que deseé contestar para verificar esas experiencias que describían, sin embargo, rechacé ese pensamiento al saber que eran tan absurdos como las fábulas que se narraban.

Apagué el ordenador y fui a por un vaso de agua al salón. Aca-ricié los pétalos oscuros de la rosa humedecida en el jarrón. Estos quedaron iluminados por la fosforescencia de la vela cuando pulsé el interruptor en la pared y se quedó en esa quebradiza oscuridad. «Esa rosa es eterna», recordé sus palabras apoyada en el marco de la puerta y me fui a la cama acompañada de ellas.

